

Religión, política y laicidad en la Argentina del siglo XXI

Fortunato Mallimaci*

Introducción

Trataremos de realizar una mirada histórica y sociológica que muestre la amplia diversidad de situaciones en las múltiples relaciones entre grupos religiosos, sociedad civil y Estado en Argentina. Preferimos las realidades históricas y las construcciones sociológicas a las definiciones abstractas. La construcción de la laicidad ha seguido diversos caminos en América Latina. Aristide Briand ya reconocía en 1905 —cuando se vota en Francia la ley de separación entre la Iglesia Católica y el Estado— que la «laicidad existía fuera de Francia». Recordaba que la ley mexicana de 1874 ya había promulgado la separación entre la Iglesia Católica y el Estado mexicano. Al mismo tiempo, entre los países de *media laicidad* recordaba a la mayoría del resto de los países de América Latina.

Por eso será importante clarificar algunos términos, tener en cuenta las diversas concepciones históricas sobre el Estado y las experiencias religiosas, los procesos histórico-sociales que construyeron laicidades diferenciadas y los principales desafíos en la actualidad.

Recordemos que es importante tener en cuenta la diferenciación entre *secularización* y *laicidad*. El primer término muestra el largo proceso social, simbólico y cultural de recomposición de las creencias con la consiguiente pérdida de poder de los especialistas religiosos y un crecimiento de la individuación. El segundo analiza los cambios (rupturas, continuidades, avances y retrocesos) en los procesos institucionales de construcción de las libertades modernas (especialmente la libertad de conciencia y de expresión) entre actores estatales y religiosos, en sentido amplio, en cada Estado nación. En países de dominación católica como son la mayoría de América Latina, la laicidad significa el paso conflictivo, con idas y venidas, de una sociedad donde la verdad católica es tomada como ley, a otro donde la libre conciencia afirma sus derechos y estos son reconocidos políticamente.

En esta exposición analizaremos el proceso histórico de laicidad aunque sabemos que el tipo dominante de secularización¹ también impacta sobre los procesos de laicización. En tal sentido, el concepto de *nivel de laicización* es muy útil dado que, construido a partir de la noción weberiana de tipo ideal, es un concepto que permite comparar y medir diversos elementos de la realidad concreta.² Lo importante es tener en cuenta que esos niveles no son necesariamente acumulativos o irreversibles y que se puede avanzar, retroceder y volver a comenzar en distintos momentos históricos.

* Universidad de Buenos Aires - CONICET, Argentina.

¹ Véase una lectura histórica sobre las relaciones de las diferentes modernidades religiosas latinoamericanas en F. MALLIMACI, «Catholicisme et libéralisme: les étapes de l'affrontement pour la définition de la modernité religieuse en Amérique Latine», en J. P. BASTIÁN (comp.), *La modernité religieuse en perspective comparée, Europe Latine- Amérique Latine*, París, Karthala, 2001.

² Noción tomada de Jean BAUBEROT, *La laïcité, quel héritage? De 1789 à nos jours*, Ginebra, Labor et Fides, p. 30.

Las relaciones históricas entre Estado y grupos religiosos

Es importante analizar desde una perspectiva amplia este tipo de relaciones. Por Estado no solo entendemos el gobierno o los aparatos de control y disciplinamiento que utilizan la violencia legítima, sino que lo extendemos a la sociedad política, a sus múltiples vínculos con la sociedad civil y a los numerosos movimientos sociales que dinamizan nuestras sociedades. Al hablar de grupos religiosos, si bien es importante recordar que en América Latina la principal institución que controla, modela, racionaliza e impacta sobre comportamientos y valores es la Iglesia Católica, no debemos perder de vista otras experiencias: afros, evangélicos, judíos, islámicos, cultos originarios indígenas, mágicas, etcétera. A su vez, cuando hablamos de Iglesia Católica nos interesan tanto los dirigentes como grupos, movimientos, redes y experiencias comunitarias que hacen del «catolicismo un mundo» donde los vínculos con el Estado (tal cual lo definimos) y la sociedad civil son múltiples.

Por otro lado, desde hace siglos, los vínculos entre religión y política perduran y son de múltiples vías pasando tanto por el accionar de la sociedad política en búsqueda de legitimidad religiosa como de la *sociedad religiosa* en relacionarse con el Estado para ampliar su presencia en la sociedad. No olvidemos que el Patronato, institución creada por España para que la autoridad política regulara la actividad religiosa nombrando a sus obispos continuó en las nuevas repúblicas latinoamericanas ahora en manos de los «dueños del Estado nación». En el caso argentino, por ejemplo, el patronato, es decir la posibilidad de nombrar obispos por el Senado de la República, siguió vigente hasta el año 1966 cuando fue cambiado por el concordato. La presentación de la terna que permitía conocer los nombres de los candidatos a obispos por el conjunto de la sociedad pasó a ser resorte sólo de la insinuación eclesial. Como vemos, la autonomía total de la Iglesia en el nombramiento de sus dirigentes locales es una construcción reciente.³

Es importante clarificar que en el largo proceso histórico de Argentina —se lo puede extender al resto de América Latina— no hay un actor social único que cumpla un rol emancipador en el largo plazo. Esta tarea emancipadora puede ser cumplida «desde arriba o desde abajo», «desde arriba y desde abajo», por el Estado, los partidos políticos o los movimientos sociales o la sociedad civil. Lo importante a investigar son los vínculos y las articulaciones *realmente* existentes.

Desde el punto de vista histórico, fue durante el Estado liberal, luego llamado oligárquico, conservador, autoritario, de democracia restringida (entre 1870 y 1930) donde se originaron las relaciones entre el Estado que se consolida como tal y los nacientes catolicismos nacionales. Numerosos bienes eclesiásticos pasaron a manos de los nuevos Estados y la soberanía *del pueblo* reemplazó a *los designios divinos*. Surgió la mayoría de las constituciones liberales que regirían los destinos de las nuevas naciones. Se dio allí un nivel de laicidad que buscó diferenciar la institución católica (asociada al Estado Vaticano) con el nuevo Estado nación (se estatizaron registros civiles, escuelas, cementerios), hubo un reconocimiento legal de la libertad religiosa y una mayor presencia de otros grupos religiosos no católicos en los vínculos con los dirigentes estatales. Más que lazos rotos, es la complejidad de relaciones mantenidas y entretenidas entre los diversos actores lo que caracteriza el período. Al eje catolicismo-anticatolicismo, se suma el de libertad de expresión versus verdad católica. Los diversos

³ F. MALLIMACI, *Catolicismo, religión y política: las relaciones entre la Iglesia Católica y el actual gobierno del Dr. Kirchner*, suplemento especial del diario *Página 12*, Buenos Aires, del sábado 26 de marzo. Reproduce con algunas modificaciones el artículo publicado por la Universidad de Toulouse-Le Mirail a fines de 2004.

grupos toman posición en unos y otros. Socialistas, sindicalistas, anarquistas, liberales integrales, masones y protestantismos varios forman un gran frente anticatólico. Mientras todos estos grupos anticatólicos coinciden en la libertad religiosa, la divergencia surge y se amplifica entre ellos al plantear la libertad sindical, de reunión o de oposición.

La llegada a los nuevos Estados nación en este período de múltiples congregaciones católicas europeas dedicadas prioritariamente a la educación de las elites, es un simple ejemplo de la multiplicidad de relaciones. El campo religioso busca ser regulado por las nuevas clases dominantes en que lo religioso es vivido en el ámbito privado. El débil espacio público aparece neutro o con influencia de un catolicismo burgués que separa lo político de lo religioso. *Se trata entonces de una laicidad construida bajo la hegemonía liberal.*

Este tipo de Estado liberal será cuestionado y en varios países suplantado por otras alianzas que avanzaron en la democratización, respondieron a las necesidades de los pobladores de la ciudad y trataron de *nacionalizar* los recursos naturales en manos del capital de las grandes potencias de la época (Inglaterra y los Estados Unidos). Se amplían también los derechos de ciudadanía especialmente a los sectores urbanos. Este proceso abarca desde 1930 hasta los sesenta o setenta, según los países. La Iglesia Católica, que en el primer nivel había estado a la defensiva, ahora ocupa un lugar privilegiado, a la ofensiva, en la nueva hegemonía donde se busca vincular identidad nacional con identidad católica, subordinando y tolerando al resto de los cultos. El movimiento católico encuentra posibilidades de *penetrar* el Estado en su fase llamada popular o populista o de democracia ampliada o de bienestar o dictatorial, impulsando leyes, no que restauran situaciones del pasado dado que la libertad de conciencia va haciendo su camino, sino que imponen una modernidad católica. Partidos políticos, sindicatos, escuelas, universidades, hospitales y movimientos sociales católicos se expanden por el continente. El espacio público se *catoliciza*.

El campo religioso es regulado por el vínculo entre el nuevo Estado y la institución católica según las tensiones civicomilitar-religioso. En el caso argentino, por ejemplo, con el golpe militar de 1943 se implantó la enseñanza religiosa-católica obligatoria en las escuelas estatales, que luego el gobierno democrático de Perón aprobó en las Cámaras legislativas. Esto funcionó entonces entre 1943 y 1955. Se creó también en 1943 un primer registro de cultos no católicos, que obligó a la inscripción a todo grupo religioso no católico que deseara establecerse en el país. Con el gobierno del Dr. Frondizi (1958-62) se cambió la legislación educativa, como resultado de huelgas y de amplias manifestaciones públicas, donde unos reclamaban educación libre (es decir, la posibilidad de abrir escuelas pertenecientes a grupos religiosos financiadas por el Estado) y otros exigían educación laica (es decir, que toda la enseñanza fuera pública y sin educación religiosa). El movimiento de los *libres* triunfa social, política y simbólicamente sobre el movimiento de los *laicos*. Se votaron leyes que reconocen y financian establecimientos católicos (de primaria, secundaria y por primera vez universitarios) como asociados al servicio público de enseñanza.

Una característica central es la fuerte presencia *antiliberal* del movimiento católico y las numerosas posibilidades que se le presentan para relacionarse con múltiples actores políticos. El antiliberalismo militante forma parte de las concepciones dominantes de aquellos católicos de acción que entienden su *misión* como preocupación moral y social y continúan con lo político para plantearse —en algunos casos— el acceso al Estado como parte integral de su concepción de construir el *reino de Dios* aquí y ahora. Hay un triple rechazo: al liberalismo religioso, al político y al económico.

Lo importante para quienes investigamos estos temas es que este antiliberalismo católico posee diversas vertientes según grupos, contextos y posibilidades de llegar a la acción. Puede ser antiimperialista, anticapitalista, antisemita, antiprotestante, anticomunista, antiyanqui, negar a la democracia tildada de *formal* y oponerse a las políticas del Banco Mundial y al Fondo Monetario Internacional (FMI) porque empobrece los pueblos, destruye valores y raíces *criollas*, promueve el aborto y destruye la familia. La matriz común se encuentra en el documento papal del Syllabus de 1864, con su rechazo a la modernidad burguesa, liberal y comunista, a fin de construir una *modernidad cristiana*, una democracia de origen cristiano. Los ejes que dividen ahora son entre lo nacional y lo extranjero; entre la justicia social con Estado fuerte y la libertad; entre lo popular y lo elitista. El catolicismo juega fuerte en los tres registros, deslegitimando a sus adversarios tanto en lo político como en lo religioso. *Se construye una laicidad con fuerte hegemonía católica antiliberal en el espacio público que regula las relaciones entre los grupos religiosos y el Estado.*

Las dictaduras militares que dominaron a América entre 1964 (golpe de Estado en Brasil, pasando por Chile y Argentina, en 1973 y 1976, respectivamente) y fines de los ochenta consolidaron los modelos de acumulación hegemónicos en cada país y eliminaron a sangre y fuego todo intento de ampliación de la vida democrática. Recordemos que los golpes militares fueron legitimados y apoyados por grupos religiosos (por los evangélicos a Pinochet, los católicos a Videla, los umbandistas en Brasil, los pentecostales en Guatemala) y por diversos sectores sociales que buscaban estabilidad y orden. En esos años también crece, se desarrolla y diversifica la *radicalidad cristiana*, expresada en la inserción social, política y guerrillera de numerosos *cristianos liberacionistas*⁴ que desde su *opción por los pobres* retoman —según países, memorias e imaginarios sociales dominantes— propuestas utópicas, milenaristas, nacionalistas, socialistas, etcétera.

Además, el Estado argentino, a diferencia de otros países democráticos, financia directamente el culto católico. Es decir, el dinero del conjunto de los argentinos —ateos, agnósticos o de cualquier religión— subvenciona a un culto en especial. Y esto no viene «de toda la vida» sino que se hizo ley con un decreto del dictador Videla, de asignación mensual a dignatarios católicos (ley 21.950, firmada en 1979 junto a Martínez de Hoz), con la ley 22.161, de 1980, sobre asignación mensual a curas párrocos de frontera y la ley 22.950, de octubre de 1983, firmada por el dictador Bignone a fin de apoyar el «sostenimiento para la formación del clero de nacionalidad argentina». Además, y esto es central como parte del control social y del disciplinamiento de las creencias, la dictadura con la ley 21745 de 1978 creó el Fichero (*sic*) Nacional de Cultos no católicos. Esto formó parte de las «relaciones carnales» con la dictadura pero que ningún gobierno democrático hasta la fecha ha eliminado. Más aún, la década menemista amplió estos subsidios a los grupos religiosos con dinero proveniente de los ATN (Aportes del Tesoro Nacional) que se repartieron discrecionalmente en un toma y daca de favores escandalosos.

Las democratizaciones han sido ambivalentes en la región. Existe un consenso generalizado sobre la importancia de vivir en democracia pero una sensación creciente de angustia y riesgo sobre un presente que no satisface plenamente. Por un lado, ellas no han logrado mejorar sustancialmente la situación social, laboral, educativa y sanitaria destrozada por las dictaduras. Más aún, las privatizaciones, desregulaciones y flexibilidades de los noventa ampliaron la brecha entre la mayoría empobrecida y los

⁴ Luis M. DONATELLO, *Ética católica y acción política de los Montoneros 1966-1976*, tesis de maestría, Buenos Aires, Facultad Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2002, mimeo.

enriquecidos por esos procesos. La distribución más igualitaria de las riquezas producidas sigue siendo un asignatura pendiente en casi todos los países del área.

Al mismo tiempo, es época de ampliación de otros derechos que son reconocidos por leyes y nuevas Constituciones. Se amplía la ciudadanía a mujeres, grupos indígenas, niños, homosexuales y lesbianas y grupos afros, al interior de sociedades donde la distribución del ingreso es escandalosamente injusta. La discriminación positiva llega a la vida política (cupos para mujeres en los cargos) y a la educación (cupos para sectores históricamente dominados como afros e indígenas). La discusión pública, por ejemplo, sobre salud reproductiva y despenalización del aborto muestra nuevas voces —y renovados argumentos contrarios de viejos actores cristianos— y posibilidades de transformaciones desde el Estado, con la creación de leyes que democratizen relaciones ancestrales y patriarcales de dominación.

Estos años son también de surgimiento y consolidación de un mercado religioso activo donde el catolicismo pierde la hegemonía (especialmente en el nivel popular) y surge un movilizadísimo movimiento evangélico en todo el continente. En la mayoría de los países se votan leyes de ampliación de la ciudadanía religiosa y se discute la igualdad entre los grupos. Lo nuevo es que el movimiento evangélico no es prescindente de lo estatal sino que busca tener los mismos privilegios (donaciones, recursos, subvenciones, salarios a capellanes, etcétera) que la Iglesia Católica. Además, junto a la individualización y el cuentapropismo religioso mayoritario crece un proceso de comunitarización que recrea memorias, fidelidades y nuevos espacios de socialización.⁵ Las oposiciones se dan entre libertad de conciencia y verdad católica; entre derechos universales y mercado desbocado, y entre Estado que garantice libertades ciudadanas a todo nivel y la Iglesia Católica que reclama el monopolio moral. *Se vive una laicidad desregulada que busca salir de la hegemonía católica, donde prima la discusión sobre la ampliación de derechos individuales y sociales y la construcción de un espacio público plural.*

Un tema que permite analizar en profundidad estas complejas y diversas relaciones es el relacionado con la educación. La laicidad es un problema institucional que encuentra en los debates sobre la educación expresiones culturales, ideológicas y simbólicas que muestran el espesor de la discusión: pluralidad, universalización, gratuidad, contenidos, responsabilidad del Estado y la sociedad civil, etcétera. Francia, presentada a veces como modelo total de separación y de control estatal de la educación, al ser analizada en perspectiva histórica toma formas concretas que a veces desconciertan a unos y otros.⁶

En América Latina, la extensión, calidad y democratización de la enseñanza pública fue y es un claro índice del tipo de sociedad en la que se vive. Los índices de analfabetismo, de personas que finalizan los ciclos primarios, secundarios y universitarios no son iguales entre países y son uno de los mejores correlatos del tipo de acumulación social y económica dominante. Muestran también las profundas diferencias al interior de los Estados nación y el proceso de mercantilización que también ha llegado a este sector.

Países empobrecidos como Haití y Bolivia tienen los mayores índices de analfabetismo. Países poderosos en la región, como México y Brasil, mantienen aún hoy profundas y escandalosas diferencias sociales, étnicas y de género en el acceso a la educación de calidad. Uruguay y Costa Rica, países pequeños que muestran los mejores

⁵ Verónica GIMENEZ BELIVEAU, *Société, religion, identités: les recompositions du catholicisme dans la société urbaine en Argentine*, tesis de doctorado, París, UBA-EHESS, 2004, mimeo.

⁶ Véase un estudio vasto, completo, de «una revolución del pensamiento que se inscribe en nuestras instituciones», en Emile POULAT, *Notre laïcité publique*, París, Berg International Edit., 2003.

estándares de vida en el continente, son de los que más han invertido en educación. El gobierno argentino acaba de decidir pasar del 4 al 6% del PBI la inversión en educación continuando con una tradición de enseñanza pública gratuita y universal en todos los niveles. Recordemos que en Argentina el acceso a la universidad es irrestricto y la educación pública (todavía la mayoritaria y de mejor calidad) es gratuita en todos los niveles. Una educación de calidad para todos y todas sigue siendo una asignatura pendiente.

¿Cómo es vivida la laicidad en estas situaciones? Un histórico y largo debate se dio sobre el papel de las escuelas impulsadas por la institución católica. Algunos países impusieron el monopolio estatal en la enseñanza impidiendo cualquier otro tipo de educación. México fue durante años un ejemplo de este tipo. Otros dejaron abierta la posibilidad a otros grupos pero se diferenciaron en el grado de apertura y en el tipo de financiamiento otorgado desde el Estado. Hay un contínuum de experiencias que van desde las de Uruguay, donde las escuelas religiosas no reciben ningún tipo de subsidio estatal, a las de Argentina, Colombia o Chile, donde el subsidio a los establecimientos privados puede llegar hasta el cien por ciento.

El sector universitario fue otro lugar de *negociación*. En países de América Central, Ecuador o Chile, las universidades católicas tuvieron un amplio desarrollo y fueron sinónimo de calidad educativa ante universidades públicas en decadencia. Por el contrario, en Argentina o Uruguay, durante décadas se impidió la creación de universidades religiosas y se establecieron sistemas públicos de gran calidad y apertura. En Brasil, los sectores dominantes desarrollaron un sistema universitario público altamente elitista y permitieron el crecimiento de universidades confesionales.

Otro debate que atravesó el continente y vuelve periódicamente es el de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas. Mientras un tipo de catolicismo conciliador con la modernidad liberal crea escuelas, colegios y partidos católicos, otro, el catolicismo integralista, exigió al Estado incluir la enseñanza católica en las escuelas públicas a fin de llegar al conjunto de la población.

Las órdenes religiosas expulsadas de Francia a principios del siglo XX y de China a mediados de siglo, respondieron masivamente a la demanda de los Estados latinoamericanos aportando su experiencia y sus concepciones ideológicas en la creación de colegios católicos que formaran generaciones de varones y mujeres. El «laico» Estado francés colaboró activamente, por ejemplo, en esa expansión vista como prolongación de la cultura e influencia francesas.

Los catolicismos de integración nacional y popular con fuerte influencia de movimientos del tipo de la Acción Católica se encuentran entre los más dinámicos en impulsar la presencia del catolicismo en la amplia red educativa pública.

Hoy, como fruto del avance neoliberal que mercantiliza el conjunto de las relaciones sociales, la rentabilidad prima en la educación, en todos los niveles. Aparecen nuevos grupos empresarios-educativos nacionales e internacionales invirtiendo en esos sectores. La educación se ha transformado en una mercancía altamente rentable y mucho más cuando desde los Estados nacionales, el Banco Mundial y los organismos internacionales se desfinancia, privatiza y debilita la educación pública o cuando, faltos de recursos, se decide focalizar los recursos públicos en sectores pobres y se privatiza la educación para sectores medios y altos. La educación pública solo para pobres se transforma en educación pobre que reproduce la dominación y fragmentación del mercado.

La compleja situación actual

Hoy, a cien años de las leyes de separación entre Iglesia y Estado en Francia, vemos que en el mundo la laicidad sigue siendo un proyecto a seguir construyendo. La declaración universal⁷ firmada por numerosos académicos y profesionales muestra a la laicidad como un valor democrático al interior de los derechos humanos. Laicidad significa que todos los seres humanos tienen derecho a su libertad de conciencia y a su práctica individual y colectiva, que se fomente la autonomía de lo político y de la sociedad civil con respecto a normas religiosas y filosóficas particulares y la no discriminación directa o indirecta hacia ningún ser humano.

Las crisis de las últimas décadas, si bien no pusieron en tela de juicio el modelo democrático, produjeron la crisis del Estado social y el surgimiento de un Estado mínimo al servicio del *partido de los negocios* que penalizó y criminalizó las protestas sociales y empobreció a sectores urbanos y campesinos, así como el debilitamiento de las promesas emancipadoras de los partidos políticos tradicionales y cierta angustia y descreimiento que recorrió el continente ante el fracaso de las oposiciones.

Vivimos los últimos años un cambio de tendencia y otro clima de época. Los nuevos gobiernos en Brasil, Argentina, Venezuela, Uruguay, Bolivia, Chile han accedido al control del Estado y se han propuesto modificar los modelos de acumulación dominantes. Se hace posible rehacer un rol emancipador desde allí. Brindan mayor importancia a las mayorías ciudadanas y a la integración regional, fortalecen el Estado y sus políticas inclusivas, regulan el mercado de capitales y toman distancia de las propuestas hegemónicas del Banco Mundial y del FMI. Acceden al gobierno por primera vez líderes campesinos provenientes de comunidades indígenas y nuevas dirigentas y dirigentes que buscan distanciarse de los poderes hegemónicos. Son también el resultado de luchas y resistencias que profundizan la vida democrática. Pero debemos ser cautos; se trata de un proceso que es más fruto del fracaso estrepitoso del *neoliberalismo y del mercado desregulado* que de nuevas hegemonías sociales, simbólicas o culturales creadas en el largo plazo. Expresan más deseos de *dignidad nacional* ante procesos salvajes de entrega del patrimonio que de *revolución social*. Estas experiencias se sostendrán en el largo plazo si logran revertir la injusta distribución de la riqueza en la región y logran ampliar los derechos de ciudadanía.

La situación de pérdida de credibilidad de la dirigencia partidaria ha sido aprovechada en la escena pública por grupos religiosos para también aparecer como dadores de sentido moral y ético *desde arriba y desde afuera* de los conflictos sociales. El actual cardenal de la ciudad de Buenos Aires, Jorge Bergoglio, desde posturas neointegralistas, lo repite cotidianamente: «ante la profunda crisis, la Iglesia debe ponerse la patria al hombro».

Este intento de monopolizar el discurso moral ha impulsado a las dirigencias cristianas (católica y evangélica) a ocupar un lugar importante en el espacio público y mediático. La desprivatización de la vida privada o, si se quiere, la posibilidad de discusión pública de dominaciones ancestrales en las relaciones de género, etarias, religiosas y sociales forma parte de los nuevos procesos de individualización. Esto lleva a que las instituciones religiosas presionen sobre el Estado y la sociedad política para cumplir con sus fines, dado el proceso existente de desinstitucionalización y de cuantapropismo en las creencias. Los grupos religiosos se movilizan para impedir campañas masivas y públicas de distribución de preservativos o para imposibilitar que se enseñe educación sexual en las escuelas o para vetar leyes que democratizen la salud

⁷ Declaración universal sobre la laicidad, presentada a los cien años de la separación de la Iglesia y el Estado en Francia. Véase el texto completo y adhesiones en <www.libertadeslaicas.org.mx>.

reproductiva o para enfrentarse a la ampliación de derechos para las minorías sexuales. No se trata del enfrentamiento de la sociedad religiosa con la sociedad civil o la esfera religiosa con la profana. Por el contrario, el éxito de tales campañas dependerá de las articulaciones que logren con sectores empresarios, mediáticos, políticos, sindicales y culturales. En aquellos países que imponen su hegemonía, se debilita el pluralismo, la libertad de conciencia y de expresión.

Profundizar la laicidad en el ámbito educativo enfrenta hoy en América Latina ya no *el absolutismo de lo religioso* sino el *fundamentalismo de mercado* que intenta mercantilizar todo el proceso educativo. El capitalismo sin Estado social, su cultura donde *todo tiene precio* y el mercado desregulado como utopía de vida, aparece como fuente de dominación y una nueva religión. ¿El dios mercado debe imponerse en todos los aspectos de la vida individual y colectiva de una sociedad? ¿Todo es mercado?

Profundizar la laicidad es hoy profundizar la democracia, la libertad y la justicia en Argentina y en América Latina. Para ello es indispensable tener la libertad de conciencia y de expresión que posibilite deslegitimar y blasfemar a ese nuevo dios mercado que se expande por el continente. Tenemos una doble tarea: por un lado, hacer memorias de todos aquellos que colaboraron en hacer de cada hombre y mujer una persona digna y con derechos. Socialistas, liberales, comunistas, cristianos, anarquistas, que fuesen ateos, religiosos o agnósticos, fueron perseguidos, asesinados, exilados y desaparecidos en América Latina por soñar sociedades justas e igualitarias. Por otro, desde esas memorias, construir nuevas relaciones y articulaciones entre Estado, sociedad política, sociedad civil, familias e individuos que amplíen libertades e integraciones, que luchen contra todo tipo de discriminaciones, estigmatizaciones y empobrecimientos y vuelvan a crear nuevas utopías solidarias.